

# Vivienda y género en la Andalucía de Juan Valera \*

House and gender in Andalusia through Juan Valera's novels

Juan Manuel Barrios Rozúa

Universidad de Granada  
jmb@ugr.es.

Recibido el 25 de enero de 2013.

Aceptado el 14 de febrero de 2014.

BIBLID [1134-6396(2014)21:1; 47-68]

## RESUMEN

En las poblaciones de las sierras subbéticas la casa de una familia pudiente presentaba una configuración de doble vivienda en la que convivían con una clara jerarquización personas de condición social muy diferente. En ellas encontramos una diversidad de espacios lo bastante contrastados como para establecer una clara diferenciación de género en el uso de la arquitectura. Como fuente documental se toman los escritos de Juan Valera, los cuales ofrecen una visión coherente y rica en detalles.

**Palabras clave:** Vivienda. Arquitectura. Género. Clases sociales. Religión. Andalucía. Siglo XIX. Literatura

## ABSTRACT

In the villages of the subbéticas mountains the home of a wealthy family had a double-house in which lived with a clear hierarchy different classes. In these houses we find a variety of spaces, allowing a clear gender differentiation in the use of architecture. As documentary source take the writings of Juan Valera, which offer a coherent and rich in details description.

**Key words:** Housing. Architecture. Gender. Social class. Religion. Andalusia. Nineteenth century literature.

## SUMARIO

1.—Los personajes y los escenarios. 1.1.—Costumbrismo mujer en el mundo literario de Valera. 1.2.—Villabermeja, Villalegre y Villafría. 2.—Casa de los señores. 2.1.—La mujer manda en la casa. 2.2.—Dependencias comunes. 2.3.—Habitaciones femeninas. 2.4.—Habitaciones masculinas. 3.—Casa de Campo. 4.—Conclusiones.

\* Este trabajo se encuadra en el marco teórico del proyecto “La arquitectura en Andalucía desde una perspectiva de género. Estudio de casos, prácticas y realidades construidas” (proyecto de excelencia HUM 5709) cuya investigadora principal es M.<sup>a</sup> Elena Díez Jorge.

### 1.— *Los personajes y los escenarios*

Las novelas de Juan Valera constituyen una fuente privilegiada para aproximarse a la vida cotidiana del siglo XIX por la precisión descriptiva que las caracteriza, máxime cuando podemos contrastar sus obras de ficción con una amplia correspondencia y con varios trabajos periodísticos de sabor costumbrista, entre ellos el ensayo “La Cordobesa” (1872), donde prefigura los tipos y escenarios de las que son a mi juicio sus dos obras más notables: *Pepita Jiménez* (1874), donde narra como un seminarista abandona sus estudios por amor a una joven y rica viuda, y *Doña Luz* (1879), en la que la hija de un aristócrata arruinado, que vive en la casa del antiguo administrador de su padre, es cortejada por un fraile y un ambicioso político madrileño. Más irregular, pero también una excelente fuente documental es *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875), la historia de un joven hidalgo venido a menos, de carácter indeciso y soñador, incapaz de llevar a buen puerto nada, y cuya vida está marcada por su madre y las tres jóvenes de las que se enamora. Del mismo periodo es una obra histórica de menos calado, pero que arroja luz sobre cómo ve Valera a las mujeres: *El comendador Mendoza* (1876). Cabe destacar también algún relato de especial interés, como “El maestro Raimundico” y sobre todo “El doble sacrificio”. Caso aparte es la novela *Juanita la Larga* (1895), escrita bastantes años después y con un tono más costumbrista si cabe, en la cual la protagonista ya no es una mujer de clase rural alta, sino la avispada Juanita, que logrará seducir al cacique local.

#### 1.1.—Costumbrismo mujer en el mundo literario de Valera

Aunque la mayoría de las novelas de Juan Valera citadas en este artículo están ambientadas a mediados del siglo XIX<sup>1</sup>, la vida rural, las costumbres y la política caciquil que describe son las que podían verse durante el periodo de la Restauración. Su voluntad de escribir con realismo queda patente en esta aseveración que hace en una posdata de *El doctor Faustino*: “Mi intento es hacer una pintura de las costumbres y pasiones de nuestra época; una representación fiel y artística de la vida humana”<sup>2</sup>. Pero la mirada de Valera no tiene el realismo de un escritor-sociólogo como Émile Zola, que observaba cuaderno en mano los escenarios de sus novelas para hacer denuncias implacables de las lacras sociales. Valera, hostil al gran natura-

1. En *Pepita Jiménez* señala que compuso la novela a partir de recuerdos de su niñez y mocedad en un pueblo de Córdoba.

2. VALERA, Juan: *Las ilusiones del doctor Faustino*. Madrid, Castalia, 1970, p. 448.

lista francés y al realismo descarnado en general, partidario del arte por el arte y de la literatura como distracción sin tesis<sup>3</sup>, confía en su memoria, prodigiosa como demuestra su dominio de varias lenguas, para evocar unos escenarios que conocía bien, pero que evoca con nostalgia y un visible conservadurismo clasista<sup>4</sup>. Su visión idealizada la reconocería él mismo en una carta: “Este es un país pobre, ruin, infecto, desgraciado, donde reina la pillería y la mala fe más insigne. Yo tengo bastante de poeta, aunque no te parezca, y me finjo otra Andalucía muy poética, cuando estoy lejos de aquí”<sup>5</sup>. Tampoco puede compararse el dramático desarrollo y desenlace de las novelas del gran naturalista francés con la ausencia de conflictos sociales y los finales amables que, al modo de las comedias del Siglo de Oro, tienen las obras de Valera. Así, el grado de realismo de la obra de Valera es cuestión debatida, aunque todos los críticos coinciden en que su obra tiene elementos realistas fundidos con reminiscencias costumbristas, todo ello pasado por un tamiz en el que se combina de manera muy personal el idealismo y la ironía<sup>6</sup>. No obstante su aversión a la novela moralizante, con Clarín o Galdós tuvo en común un cierto deseo de hacer aflorar los

3. Valera dejó bien clara su aversión a la novela realista de tesis y al naturalismo a través de sus cartas y ensayos y lo corroboran numerosos historiadores de la literatura: MONTESINOS, José F.: *Valera o la ficción libre*. Madrid, Castalia, 1969, pp. 6-8; SHAW, D. L.: *Historia de la literatura española 5. El siglo XIX*. Barcelona, Ariel, 1973, pp. 183-185; PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B. & RODRÍGUEZ CÁCERES, Milagros: *Manual de literatura española VII. Época del Realismo*. Tafalla, Cenlit Ediciones, 1983, pp. 491-492, etc.

4. El movimiento obrero y el pensamiento materialista asociado a éste los veía con abierta hostilidad; en sus novelas elude toda conflictividad social mostrando un mundo armonioso que tiene mucho que ver con la literatura costumbrista. Aunque con un pasado aristocrático, fue un liberal moderado e individualista. Como señala Manuel Azaña: “El advenimiento de la burguesía al mando es, para Valera, la forma definitiva, ya que no sea perfecta, de la sociedad” (prólogo a VALERA, Juan: *Pepita Jiménez*. Madrid, Espasa-Calpe, 1963, p. XLIX).

5. Carta dirigida a su esposa el 15 octubre 1875. CONTRERAS CARRILLO, Jesús Cristóbal: *D. Juan: su perfil ignorado y algunas cartas inéditas*. Madrid, Vision Net, 2004, pp. 213-214.

6. Manuel Azaña destacaba sus dosis de idealismo, pero también su conexión tanto con el costumbrismo como con el realismo, señalando con agudeza que aunque Valera se declarara hostil a las novelas de tesis, éstas sí que existen camufladas con una amable ironía en novelas como *Pepita Jiménez*, porque “es, en el fondo, un realista” (prólogo a VALERA, Juan: *Pepita Jiménez...*, *op. cit.*, pp. XIX-XXIV y LIV). Para Frank Durand el escritor cordobés cultiva un “realismo tenue” (en RICO, Francisco & ZAVALA, Iris M. (eds.): *Romanticismo y realismo (Historia y crítica de la literatura española, V)*. Barcelona, Crítica, 1982, p. 438) y Remedios Sánchez lo sitúa en sus descripciones de las mujeres a medio camino entre el realismo y el costumbrismo idealizador (SÁNCHEZ GARCÍA, Remedios: *Valera, ingenio y mujer: el imaginario femenino en las novelas de Juan Valera*. Madrid, Visor Libros, 2009, p. 361).

problemas para ayudar a superarlos, pero excluyendo lo político y social para limitarlo a lo psicológico<sup>7</sup>.

Juan Valera fue un hombre muy interesado por las mujeres, que son las protagonistas centrales de la mayoría de las obras citadas, y no duda en inspirarse en algunas parientes, las cuales se mostraron molestas al reconocerse en sus novelas<sup>8</sup>. Aunque desde luego se preocupa por los problemas de las mujeres<sup>9</sup>, su interés por ellas no cuestiona el patriarcado, de la misma manera que nunca puso en tela de juicio las agudas desigualdades sociales de la Andalucía de su tiempo; sólo fue librepensador para las cuestiones de moral, mostrándose muy crítico con una religión católica en la que no creía.

Para Valera los géneros tenían ámbitos diferentes; así en 1891 se manifestó contrario a que las mujeres entraran en las academias como académicas de número, chocando en ello con su amiga Emilia Pardo Bazán. Para compensar su negativa propuso que pudieran ser nombradas miembros honoríficos y les dispensó todo tipo de elogios que resultan sexistas pese a su buena intención. Entre los argumentos que aporta para explicar su negativa al nombramiento de académicas habla de las distracciones que sufrirían los hombres al estar ellas presentes en las reuniones. Tampoco veía con buenos ojos la participación femenina en el Congreso o en los ministerios. En 1904 argumenta Valera que la mujer no es inferior al hombre, pero: “Lo que yo considero erróneo, es, que las facultades y aptitudes de la mujer sean idénticas a las del hombre y valgan para los mismos oficios, profesionales y menesteres”. Y añade:

“En suma, yo me inclino a veces a sospechar que sin el benéfico influjo de las mujeres y sin la inclinación irresistible que hacia ellas sentimos, los hombres valdrían muchísimo menos de lo que valen: serían descuidados en el vestir, sucios, descorteses, feroces y rudos, más crueles que benignos y más tímidos que valerosos”<sup>10</sup>.

7. “Las enfermedades y las deformidades físicas no se curan con sólo mirarlas y conocerlas; pero en las enfermedades del alma es ya gran remedio el ver y el conocer; y si por gracia de la fantasía poética se representan artísticamente esa intuición y ese conocimiento, la cura está ya casi realizada”. Reflexión incluida en VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, p. 452.

8. Es el caso de su tía Dolores Valera, que al parecer le inspiró el personaje de *Pepita Jiménez*. CONTRERAS CARRILLO, Jesús Cristóbal: *op. cit.*, p. 30.

9. Para Concepción Argente, Valera “ofrecerá al lector unos personajes femeninos especialmente bien dibujados en un mundo en cambio en el que su universo doméstico choca con su capacidad de iniciativa y con su fuerza vital, no son novelas feministas, pero sí expresión de los problemas de las mujeres en un mundo tradicional”. ARGENTE DEL CASTILLO OCAÑA, Concepción: “Del romanticismo a la generación del 27”. En *Literatura y comunicación en Andalucía (Conocer Andalucía, 9)*. Sevilla, Ediciones Tartessos, 2001, p. 184.

10. Testimonios recogidos en CONTRERAS CARRILLO, Jesús Cristóbal: *op. cit.*, pp. 196 y 198.

En otra ocasión declaró: *Si yo hubiera nacido mujer y no hombre, hubiera sido harto fácil y liviana, porque nunca sé decir que no, ni acierto a negarme a lo que me piden*<sup>11</sup>. Sin embargo las heroínas de sus novelas reúnen valores como la castidad antes del matrimonio, la fidelidad al cónyuge y la devoción religiosa. En cuando a los personajes masculinos, tienen una visión de las mujeres que puede sintetizarse en la que nos ofrece el doctor Faustino, protagonista de la novela homónima, el cual “no formaba muy favorable opinión del juicio de las mujeres, a las que no solía darle un criterio superior al de un niño de diez años”<sup>12</sup>.

En cuanto al físico, Remedios Sánchez ha señalado con acierto que “casi todas las protagonistas valerianas son una beldades lugareñas que cuidan su estética y su aseo como si de mujeres nobles se tratase. Los rasgos suelen ser muy parecidos, cabello rubio, ojos verdes, talle esbelto y blanquísimas de piel”, escapando al tópico de los ojos negros y la piel morena<sup>13</sup>. Aunque por dentro las consideraba muy cordobesas, la naturalista Emilia Pardo Bazán ya apuntó en su día que las mujeres de Valera no hablan como en la realidad, sino que son bastante más concertadas y discretas<sup>14</sup>.

## 1.2.—Villabermeja, Villalegre y Villafría

Las novelas de ambientación andaluza de Juan Valera se desarrollan en las localidades imaginarias de Villabermeja, Villalegre y Villafría, más otras poblaciones vecinas a las que no da nombre, ubicadas en la región subbética y dedicadas a la producción vinícola y olivarera. Todas ellas están próximas y los personajes van de unas a otras al encuentro de parientes. De una de ellas dice el propio escritor: “Villabermeja es una utopía, aunque, para darle color y ser de lugar real tome yo rasgos y perfiles y pormenores de lugares que conozco y donde he vivido”<sup>15</sup>. En realidad más que tomar rasgos casi reproduce con fidelidad Doña Mencía<sup>16</sup>; de hecho en una carta

11. Carta a Salvador Valera fechada el 25 de julio de 1899 (en CONTRERAS CARRILLO, Jesús Cristóbal: *op. cit.*, p. 137). Valera fue un mujeriego y no dudó en frecuentar prostíbulos, de los que dejó descripciones en su propia correspondencia.

12. VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, p. 135.

13. SÁNCHEZ GARCÍA, Remedios: *op. cit.*, pp. 371-372.

14. *Ibid.*, p. 368. Manuel Azaña observó: “Le reprocharon que sus héroes y heroínas hablasen y escribiesen tan bien como el propio autor. No es falta de habilidad. Nada más lejos de su propósito que el copiar la lengua coloquial” (prólogo a VALERA, Juan: *Pepita Jiménez...*, *op. cit.*, pp. LV-LVI).

15. VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, p. 449.

16. Doña Mencía es descrita por Madoz a mediados del siglo XIX como una localidad con 1.113 casas de buena fábrica y buena distribución interior que vive de una agricultura

dirigida a Menéndez Pelayo las identifica sin dejar lugar a dudas<sup>17</sup>. Por otra parte Villafría y Villalegre no se diferencian sustancialmente de Villabermeja.

Pero no es Doña Mencía la única localidad que le sirve de inspiración<sup>18</sup>. También toma como modelo Cabra<sup>19</sup> y, para algunos aspectos, es posible que Baena o Castro del Río (Fig. 3). Además sus personajes viajan a poblaciones cercanas que bien pueden identificarse con Priego de Córdoba o Lucena. Todas estas localidades tienen una geografía, economía y tipología en su arquitectura análoga con las áreas fronterizas de las provincias de Granada y Jaén. Es más, los arquetipos que establece Juan Valera son extensibles en muchos aspectos a las viviendas de las clases pudientes de toda la Andalucía rural; así lo pone de manifiesto el propio escritor al escribir, por ejemplo: “Los patios, en Córdoba y en otras ciudades de la provincia, son como los de Sevilla”<sup>20</sup>.

La región en la que ambientó sus mejores novelas era la de su infancia y posteriormente la de esporádicas estancias durante su juventud y madurez. En consecuencia conocía muy bien los escenarios, pero las novelas las escribió lejos de ellos, evocándolos de una manera idealizada. Su padre José Valera fue un militar liberal que casó con la ecijana Dolores Alcalá Galiano y se retiró de la carrera castrense en 1821, instalándose en Cabra, localidad de la que llegaría a ser diputado. Su hijo Juan nació en Cabra, y en esta localidad y sobre todo en Doña Mencía pasó su infancia (Fig. 2). Pronto empezó su viajera existencia, primero moviéndose por ciudades andaluzas

---

basada en el vino, el aceite, el trigo, etc. (MADOZ, Pascual: *Córdoba. Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1852, pp. 157-158).

17. Carta fechada el 14 de agosto de 1880, recogida en CONTRERAS CARRILLO, Jesús Cristóbal: *op. cit.*, p. 211. En una reciente historia de Doña Mencía se afirma: “de Doña Mencía sacó el paisaje, el ambiente y los personajes de prácticamente toda su obra literaria, incluyendo sucesos de su propia familia menciana” (SÁNCHEZ ROMERO, César: *Doña Mencía, en la Historia (Siglo XIX)*. Córdoba, Ayuntamiento de Doña Mencía, 2004, pp. 291-292).

18. Un historiador local de Doña Mencía, César Sánchez, se empeña en demostrar que este pueblo es el único que le sirve de inspiración y lo hace a partir de mostrar la correspondencia de los lugares mencionados en *Juanita la Larga* con los de su pueblo. Sin embargo, ignora que las primeras novelas de Valera muestran una diversidad de lugares mucho más compleja, pues no en vano se desarrollan en dos o más pueblos. SÁNCHEZ ROMERO, César: *Doña Mencía, el pueblo de Don Juan Valera*. Córdoba, Ayuntamiento de Doña Mencía, 2005, pp. 61-78.

19. Madoz la describe como una localidad con 1.316 casas, “por lo general bien construidas, sólidas y elegantes, que se distribuyen en 57 calles anchas y rectas con muy pocas excepciones: una plaza espaciosa de figura irregular, llamada de la *Constitución*, y 4 plazuelas de poca consideración”. MADOZ, Pascual: *op. cit.*, p. 56.

20. VALERA, Juan, “La Cordobesa”. En *Obras completas, vol. I*. Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1995, p. 958.

como Málaga, en cuyo seminario ingresó a los 13 años, o Granada, donde empezó a estudiar a los 16, y más tarde en Madrid. Durante su juventud no siente añoranza de su pueblo natal y lo visita a regañadientes. Así en una carta a su madre (23 de julio de 1850) escribe:

“Mañana voy a Cabra [...]; todos dicen que me va a dejar admirado la hermosura y adelantos, civilización y riqueza de aquella flamante ciudad; pero yo estoy casi seguro de que aquello estará poco más o menos como yo lo dejé, salvo alguna más presunción de sus habitantes, que, dándola de cultos ciudadanos sin haber dejado de ser rústicos y villanos, estarán más insufribles que nunca. Si yo tuviera que vivir en estos pueblos, pasaría mi vida en el campo y no me trataría con nadie”<sup>21</sup>.

En 1859 murió su padre dejándole en herencia una finca en Doña Mencía y otras más pequeñas en los Balanchares (Sierra de Cabra). A partir de esta fecha alternó su carrera diplomática en Madrid, París y otras capitales del mundo con estancias en Doña Mencía y en menor medida Cabra. En estos pueblos cordobeses sólo pasaba breves periodos de descanso, prefiriendo el primero por su carácter más rural<sup>22</sup>. Superados ya los cuarenta relataba a su amigo Pedro Antonio de Alarcón una fantasía que iba a inspirar algunas de sus obras literarias: “Casado con una muchacha que yo quisiese y que me quisiese, no tendría yo dificultad en retirarme a Cabra o a D.<sup>a</sup> Mencía y acabar mi vida en un idilio”<sup>23</sup>. El último viaje a su tierra natal lo realizó en 1883 y, aunque expresó su deseo de volver, ya no pudo hacerlo<sup>24</sup>.

Hoy Doña Mencía, aunque maltratada por el desarrollismo como la mayoría de los pueblos andaluces, sigue teniendo la capacidad de evocar el mundo de Juan Valera, a lo que ayuda la presencia de paneles cerámicos que señalan los lugares citados por el autor. Entre ellos está la casa solariega de su familia (ubicada en la calle Llana, número 4), donde sitúa parte de la novela *El doctor Faustino*. En Cabra, que ha tenido una renovación urbana más intensa, aún puede verse su casa natal (Fig. 1).

21. Citado por CONTRERAS CARRILLO, Jesús Cristóbal: *op. cit.*, p. 209.

22. Así lo expresa en una carta dirigida a Pedro Antonio de Alarcón y fechada el 3 de septiembre de 1859. En 29 de octubre de 1883 repetía la idea en una carta escrita desde Cabra a su hija Carmen: “Cabra es bonita, pero tiene a la vez todo lo malo de una ciudad y todo lo malo de un lugar pequeño. La gente aquí es casi o sin casi, tan grosera y rústica como en Doña Mencía, pero soberbia y presumiendo de ilustrada” (en CONTRERAS CARRILLO, Jesús Cristóbal: *op. cit.*, pp. 209 y 218).

23. Carta fechada el 28 de octubre de 1867. *Ibid.*, p. 212.

24. Dice en una carta a Francisco de Borja Pavón fechada el 7 de julio de 1903: “gusto mucho de mi tierra y me complacería vivir retirado en ella en los últimos años de mi vida”. *Ibid.*, p. 219.



Fig. 1.—Casa natal de Juan Valera en Cabra. (Fotografía de Juan Manuel Barrios Rozúa, 2012).

## 2.—*Casa de los señores*

Valera describe en múltiples textos una tipología de doble vivienda como la casa habitual de las familias acomodadas. Una sería el señorío, estructurada en torno a un bello patio y con elegantes muebles, algunos de aire cosmopolita. La otra es la casa de campo, que es rústica y agrícola tanto en su patio como en sus dependencias, y sirve de alojamiento de criados y jornaleros<sup>25</sup>. Cada una de las partes de esta doble vivienda tiene su propia

25. “Todas o la mayor parte de las casas de los ricachos lugareños de Andalucía son como dos casas en vez de una, y así era la casa de Pepita. Cada casa tiene su puerta” (VALERA, Juan: *Pepita Jiménez...*, *op. cit.*, p. 139). “Constaba esta vivienda, como la de muchos otros ricos hacendados de Andalucía, de dos casas antiguas, en comunicación: la de los amos y la que se llama siempre *casa de campo*, aunque esté en el centro de la población” (VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, p. 58). “D. Juan vive con esplendidez nada común por aquellos lugares. Su casa está situada en la plaza, y como todas las de los ricos de por allí se compone de dos: una destinada a la labranza, donde hay lagar, bodega, candiotera, molino de aceite, cochera, alambique y caballerizas; otra de comodidad y aparato, con patio enlosado, fuente y columnas de mármol, flores”. (*Ibid.*, p. 56).



Fig. 2.—Casa familiar de Juan Valera en Doña Mencía; como puede comprobarse se encuentra muy deteriorada. (Fotografía de Juan Manuel Barrios Rozúa, 2012).

entrada, cuidadosamente enjalbegada<sup>26</sup>, dando la principal siempre a una calle o plaza destacada del pueblo, y la segunda quedando a espaldas, hacia una calle secundaria o directamente orientada al campo. Esta doble vivienda encaja perfectamente con la tipología de “casa de grandes propietarios” andaluces que describe el antropólogo Juan Agudo Torrico<sup>27</sup>, y con las “casas grandes del sur de la provincia de Córdoba” que analiza el historiador de la arquitectura Arturo Ramírez Laguna<sup>28</sup>, lo que confirma el apego a la realidad en las descripciones de viviendas de Valera. Es por otra parte una tipología que no sólo encontrábamos en la segunda mitad del siglo XIX,

26. “Todas las casas del lugar [Villabermeja], aun las más pobres, se enjalbegan tres o cuatro veces al año, y están más blancas que el campo de la nieve”. *Ibid.*, p. 80.

27. AGUDO TORRICO, Juan: “Vivienda tradicional”. En *Arquitectura vernácula (Proyecto Andalucía, Antropología, III)*. Sevilla, Publicaciones Comunitarias, 2001, pp. 103-105.

28. Véase su precisa descripción, acompañada de un plano que aquí reproducimos. RAMÍREZ LAGUNA, Arturo: “Arquitectura popular. La vivienda tradicional en la provincia de Córdoba”, Córdoba, Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, 1985, pp. 304-307.

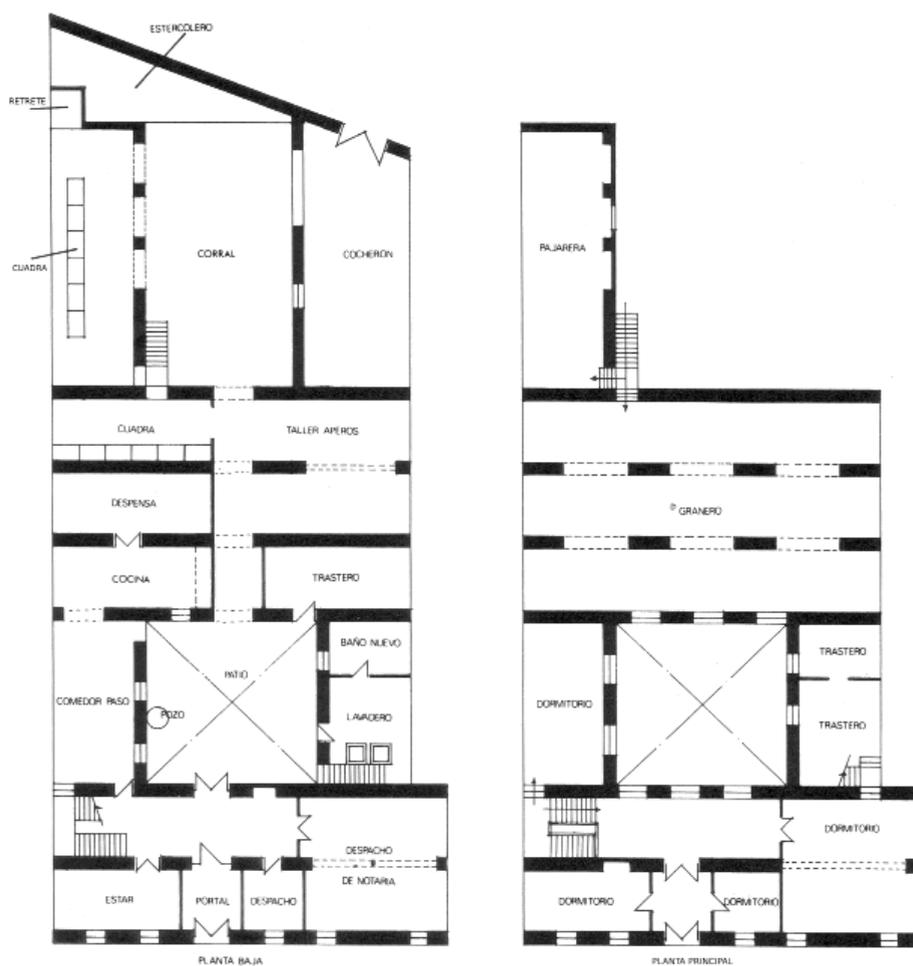


Fig. 3.—Casa grande en Castro del Río, con un esquema análogo al que describe Valera (dibujo de F. Romero Pérez, en *Córdoba*, vol. 4, Caja Provincial de Ahorros, 1985).

sino que continuaría en uso durante el siglo XX, aunque lógicamente con una inevitable evolución en el uso y amueblamiento de sus dependencias.

### 2.1.—La mujer manda en la casa

La señora —sea mujer casada, hija soltera que vive con su padre o madre viuda que vive con su hijo— suele ser el alma de la casa, frente al hombre que pasa buena parte de la jornada fuera de ella. Cuando el hombre vuelve al hogar, la autoridad que exhibe fuera de él puede diluirse frente

a la mujer, que es ama y señora de toda la vivienda, y no sólo de las dependencias específicamente femeninas. En un ensayo *La Cordobesa* señala que la “cordobesa es todo vigilancia, aseo, cuidado y esmerada economía”. Ella tiene “las llaves de la despensa, de las alacenas, arcas y armarios”. Aunque de guisar o limpiar se encargan las criadas, ella dirige y participa en todas las operaciones:

“¡Cómo se afana! ¡Cómo desde el amanecer va del granero a la bodega, y de la bodega a la despensa! ¡Cómo atisba la menor telaraña y hace al punto que la deshollinen, cuando no la deshollina ella misma! ¡Cómo limpia el polvo de todos los muebles! ¡Con qué esmero alza en el armario o guarda en el arca o en la cómoda la limpia ropa de mesa y cama sahumada con alhucema! Ella borda con primor, y no olvida jamás los mil despuntes, calados, dobladillos y vainicas que en la miga le enseñaban, y que hizo y reunió en un rico dechado, que conserva como grato recuerdo”<sup>29</sup>.

Si el hombre es débil de carácter y es un rentista que incluso delega la gestión de sus propiedades en la mujer, puede llegar a ser por completo anulado por ésta. Esta situación extrema es la que nos muestra en la novela *El comendador Mendoza*, que si bien está ambientada a finales del siglo XVIII, relata una relación inspirada con casi toda seguridad en algún matrimonio que él conoció:

“... en la casa, con la doméstica tiranía de una mujer dotada de voluntad de hierro, cuya presión era perpetua e incesante, don Valentín no había sabido resistir, y había abdicado por completo. La hacienda, los negocios, la educación de su hija, todo dependía y todo era dirigido y gobernado por doña Blanca. [...] Tenía don Valentín cerca de sesenta años de edad, pero parecía mucho más viejo, porque no hay cosa que envejezca y arruine más el brío y la fortaleza de los hombres que esta servidumbre voluntaria y espantosa, a que por raro misterio de la voluntad se someten muchos, cediendo a la persistencia endemoniada de sus mujeres”<sup>30</sup>.

La mujer también encuentra en la casa su dominio en circunstancias bien distintas, cuando sufre largos periodos de abandono por su esposo: “Si el

29. También dirige firme otra difícil operación: “La matanza se hace una vez al año en cada casa medianamente acomodada; y en aquella faena suele lucir la señora su actividad y tino. Se levanta antes que raye la aurora, y rodeada de sus siervas dirige, cuando no hace ella misma, la serie de importantes operaciones”. VALERA, Juan: “La Cordobesa”, *op. cit.*, p. 957.

30. VALERA, Juan: *El comendador Mendoza*. En *Obras completas*, vol. II. Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1995, pp. 727-728.

marido es mozo y alegre, suele pasar meses enteros lejos del techo conyugal. La tierna esposa, entre tanto, queda en la soledad y en el abandono, y si a menudo se ve asediada por los pretendientes, imita a Penélope”<sup>31</sup>. Coser y bordar es una actividad que la señora despliega en cualquier lugar de la vivienda según la estación del año, y es tanto un entretenimiento como una aportación a la economía doméstica. En fin, de una u otra manera los cuadros de la vida doméstica que dibuja Valera muestran la importancia de la mujer como gestora de los recursos familiares y, más allá del hombre sometido por su falta de carácter, nos indican que el bienestar económico de la unidad familiar es un logro en buena parte femenino.

## 2.2.—Dependencias comunes

La fachada principal es de cierta prestancia arquitectónica y, si la familia goza de ascendiente nobiliario, puede tener una portada de piedra e incluso un escudo<sup>32</sup>. El portón de madera está abierto dando paso a un zaguán desde el que se ve un patio enlosado y con galerías sostenidas por columnas de mármol, amenizado por una fuente y por numerosas macetas. La señora es quien cuida de las plantas; si el señor es soltero lo hace una criada. Además del patio la casa señorial puede contar con un jardín ubicado a espaldas o en un costado de la casa, el cual también destaca por sus plantas y cuidados setos. Así se describe en *Doña Luz* el patio y el jardín de la casa de los señores:

31. VALERA, Juan: “La Cordobesa”, *op. cit.*, p. 960.

32. En Cabra y Doña Mencía se conservan casas nobiliarias con barrocas portadas de piedra o simétricas fachadas decimonónicas con sencillos ornamentos eclécticos. Valera sólo da detalles de cierta precisión al describir casas nobiliarias, en *Juanita la Larga* la de un acaudalado aristócrata (VALERA, Juan: *Juanita la Larga*. Madrid, Castalia, 1985, p. 148) y en *El doctor Faustino* la de unos hidalgos en decadencia: “La sencilla y elegante fachada, obra del siglo XVI, es de piedra de sillería, y tanto la puerta como el balcón del medio del piso principal están adornados con airosas columnas de mármol blanco. Coronando el referido balcón, resplandece el limpio y complicado escudo de armas de la ilustre familia [...]. Aunque no tanto como la familia misma, la casa ha decaído y da muestras claras y tristes de la estrechez de los dueños. En muchos balcones faltan cristales; las antiguas puertas, prolijamente labradas y cubiertas de graciosos clavos de bronce, están descuidadísimas; y el amarillo jaramago publica la afrenta de aquella fábrica arquitectónica, brotando por entre las grietas que se han abierto al separarse varios sillares. [...] Esta vegetación parásita se desenvuelve mucho en primavera y da a la fachada el aspecto de un jardín vertical. [...] Sobre el piso principal de la casa hay otro piso de graneros y zaquizamíes”. (VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, p. 80).

“El patio de la casa era anchuroso y enlosado de mármol. En su centro lucía una taza, de mármol también, donde caía el agua clara de un copioso y alto surtidor. En torno de las fuentes se veían muchas macetas con flores y hierbas olorosas, y alrededor arriates con bojés, que formaban bolas y pirámides, y rosales de enredadera, jazmines y naranjos, que revestían el muro y trepaban por cima de los balcones del piso principal, tejiendo una capa o manto de flores, frutos y verdura, y embalsamando el ambiente, ya con el olor del azahar, ya con el más leve aroma de jazmines y de mosquetas./De este patio, así como de un jardín más extenso, con honores de huerta, que había a espaldas de la casa, cuidaba doña Luz con esmero. Hasta hacía venir flores y plantas, que jamás se habían conocido en Villafraja, y solía aclimatarlas.”<sup>33</sup>

En las estaciones cálidas la mujer puede pasar mucho tiempo en el patio, realizando en él tareas de costura, charlando o cuidando de las plantas, como muestra en esta descripción que analiza con precisos detalles la jardinería de la época:

“La señora, en la primavera, y en las tardes y noches de verano, suele estar cosiendo o de tertulia en el patio, cuyos muros se ven cubiertos de un tapiz de verdura. La hiedra, la pasionaria, el jazmín, el limonero, la madreSelva, la rosa enredadera y otras plantas trepadoras, tejen ese tapiz con sus hojas entrelazadas y lo bordan con sus flores y frutos. Tal vez está cubierta de un frondoso emparrado buena parte del patio; y en su centro, de suerte que se vea bien por la cancela, si por dicha la hay, se levanta un macizo de flores, formado por muchas macetas, colocadas en gradas o escaloncillos de madera. [...] Ni faltan arriates todo alrededor, en que las flores también abundan; y para más primor y amparo de las flores, hay encañados vistosos, donde forman las cañas mil dibujos y laberintos, rematando en triángulos y en otras figuras matemáticas. Las puntas superiores de las cañas, con que se entretejen aquellas rejas o verjas, suelen tener por adorno sendos cascarones de huevo o lindos esmaltados calabacines<sup>34</sup>.

Pero el patio no tiene por qué ser sólo un ámbito femenino. Cuando en verano buena parte de la vida se traslada a la planta baja, el patio protegido

33. VALERA, Juan: *Doña Luz*. Madrid, Iter ediciones, 1970, p. 61. Otra descripción del mismo tenor: “Por entre los hierros de las cancelas, que había en las mejores casas se veían los floridos patios, en algunos de los cuales los naranjos y las acacias prestaban grata sombra. Las plantas enredaderas trepaban por las paredes y formaban tupido cortinaje en las ventanas del primer piso. En el centro del patio, o refrescaba el ambiente un surtidor que caía en roja taza de bruñido jaspe o se levantaba gran pirámide de tiestos, formando compacta masa de flores y verdura”. VALERA, Juan: *Juanita la Larga...*, *op. cit.*, p. 129.

34. VALERA, Juan: “La Cordobesa”, *op. cit.*, pp. 958-959.

del sol por un toldo es un espacio en permanente uso, hasta el punto de que el señor de la casa puede tener allí el despacho, como vemos en *Doña Luz*: “En el piso bajo había casi tanta habitación como en el principal, y si se cuenta con el patio con toldo, había más. Allí se vivía durante el verano. En toda estación estaba allí el despacho de don Acisclo, donde este activo labrador y ganadero trataba con chalanes, corredores, rabadanes, aperadores, capataces y caseros”<sup>35</sup>.

En la planta baja hay por lo menos un amplio salón que es el lugar donde se suelen celebrar las reuniones, celebraciones familiares y las fiestas (pensemos en el popular Día de la Cruz), por lo que es aquí donde está el piano<sup>36</sup>.

En el piso principal destaca la cocina, con una gran chimenea siempre encendida en invierno. La cocina no es exactamente lo que nosotros entendemos hoy —un funcional taller para preparar alimentos, algo que entonces realizaba una criada en la parte rural de la casa—, sino una sala de estar en la que los señores se sientan en unos sillones mirando al hogar durante los días fríos. Aunque no falten peroles o cacerolas, el lugar está decorado con elementos vinculados a la afición masculina por excelencia, la caza<sup>37</sup>. Junto a la cocina y bien controlada por la señora hay una despensa en

35. VALERA, Juan: *Doña Luz...*, *op. cit.*, pp. 58-59.

36. “Por la noche tuvimos fiesta en casa de Pepita. La cruz, que había estado en la calle, se colocó en una gran sala baja, donde hay piano...”. (VALERA, Juan: *Pepita Jiménez...*, *op. cit.*, p. 104). Para la celebración de una fiesta familiar véase VALERA, Juan: *Doña Luz...*, *op. cit.*, p. 71.

37. En *Las ilusiones del doctor Faustino* se hace esta interesante descripción: “Se llamaba este otro cuarto la cocina baja de los señores; no porque allí se guisase nada, sino por una gran cocina o chimenea de campana, en cuyo fogón podía arder, y ardía con frecuencia, medio olivo, mucha pasta de orujo, y gavillas enteras de secos sarmientos. La ancha losa, sobre la cual se quemaba tanto combustible, salía del muro más de una vara, y daba lugar, a un lado y otro, a dos rincones cómodos, donde había sillones de brazos, en uno de los cuales se pasaba el Doctor horas y horas escribiendo, leyendo o meditando. [...] En el sillón de enfrente solía venir a sentarse Doña Ana para conversar con su hijo. Y los viejos podencos, galgos y pachones acababan a veces de cerrar el círculo y completar la tertulia, sentados sobre los cuartos traseros en torno del hogar. [...] El escudo de los Mendoza estaba esculpido en piedra sobre la campana de la chimenea. En un lienzo de pared descansaban sobre repisas cinco jaulas con perdices cantoras. En otro lienzo se veían muy bien colocadas escopetas y otras armas, como pistolas y cuchillos de montería. En varias partes, por último, había cabezas de venados, zorros, lobos y garduñas”. (VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, p. 114). Escribe en el ensayo “La Cordobesa”: “si el amo de casa es cazador, no faltan perdices y codornices cantoras en sus jaulas, y las escopetas y trofeos de caza adornan las paredes. En torno del hogar, casi en tertulia con los amos, vienen a colocarse los galgos y los podencos”. VALERA, Juan: “La Cordobesa”, *op. cit.*, p. 959.

cuyos anaqueles “suele conservar, con pródida y rica profusión, un tesoro de comestibles”<sup>38</sup>.

Suele haber cerca de la cocina dos comedores, uno suntuoso y otro más modesto de diario, presididos ambos por sólidas mesas y con chineros para guardar las vajillas finas. Hay además un salón o varios salones de respeto que sólo se abren en momentos especiales. Pueden estar decorados con retratos de tamaño natural, buenos muebles y una chimenea. Estos salones de respeto, al estar cerrados habitualmente, resultan poco acogedores. Así se describen todas estas dependencias en *Doña Luz*:

“Había un gran comedor, otro comedor pequeño para diario y varios salones de respeto, que no se abrían sino en las ocasiones solemnes, y donde, entre otras preciosidades, don Acisclo, sus hijos, hijas, yernos y nueras, todos resplandecían retratados al óleo, de tamaño más natural y casi de cuerpo entero [...]. Todo esto era en el piso principal, donde había dos chimeneas, que allí llamaban francesas, y que no se encendieron sino cuando vino el obispo, en pleno invierno [...]. Pero, en cambio, había una magnífica cocina de señores, con chimenea de campana de muchísimo tiro, donde ardía siempre, durante la estación fría, abundante leña de olivo y de encina, y rica pasta de orujo; donde rara vez se guisaba, y donde los señores se calentaban muy a su sabor. En esta cocina adornaban las paredes varias jaulas de perdices puestas sobre repisas, escopetas y otras armas, y algunas cabezas de ciervos, lobos, zorros, tejones y garduñas, muertos por don Acisclo”<sup>39</sup>.

### 2.3.—Habitaciones femeninas

La señora tiene su propio espacio en la casa, compuesto por varias dependencias especialmente aseadas. En *Pepita Jiménez* y en *Doña Luz* el ámbito más íntimo de la señora se compone de tres piezas comunicadas: alcoba, tocador y despacho. El mobiliario de estas habitaciones es numeroso, cómodo y práctico, habiendo muebles que trascienden el gusto regional. El toque femenino lo acentúa la presencia de plantas y jaulas con pájaros, con las que en expresión de Valera se “poetizan las estancias”. En caso de que la mujer sea soltera no se conformará, a juicio de Valera, sólo con los pájaros y tendrá también algún perrito o gato para hacerle compañía<sup>40</sup>. Si es

38. De ellos hace Valera una profusa descripción en VALERA, Juan: “La Cordobesa”, *op. cit.*, pp. 948-949.

39. VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, pp. 58-59.

40. Pepita Jiménez: “Tiene la casa limpiísima y todo en un orden perfecto, los muebles no son artísticos ni elegantes; pero tampoco se advierte en ellos nada de pretencioso y de mal

posible las ventanas de estas habitaciones dan al jardín, buscando un íntimo contacto con la naturaleza<sup>41</sup>. Al despacho o salita sólo acceden los amigos más íntimos y el aperador para supervisar las cuentas; de esta manera no sólo es un espacio de trabajo, sino también de tertulia y sala de lectura. Así se describen las dependencias de Pepita Jiménez:

“Pepita estaba en una sala alta al lado de su alcoba y de su tocador, donde nadie, salvo Antoñona [una criada], entraba jamás sin que llamase ella./ Los muebles de aquella sala eran de poco valor, pero cómodos y aseados. Las cortinas y el forro de los sillones, sofás y butacas eran de tela de algodón pintada de flores; sobre una mesita de caoba había recado de escribir y papeles; y en un armario, de caoba también, bastantes libros de devoción y de historia. Las paredes se veían adornadas con cuadros, que eran estampas de asuntos religiosos; pero con el buen gusto, inaudito, raro, casi inverosímil en un lugar de Andalucía, de que dichas estampas no fuesen malas litografías francesas, sino grabados de nuestra Calcografía, como el Pasma de Sicilia, de Rafael; el San Ildefonso y la Virgen, la Concepción, el San Bernardo y los dos medios puntos, de Murillo./Sobre una antigua mesa de roble, sostenida por columnas salomónicas, se veía un contadorcillo o papelera con embutidos de concha, nácar, marfil y bronce, y muchos cajoncitos donde guardaba Pepita cuentas y otros documentos. Sobre la misma mesa había dos vasos de porcelana con muchas flores. Colgadas en la pared había, por último, algunas macetas de loza de la Cartuja sevillana, con geranio-hiedra y otras plantas, y tres jaulas doradas con canarios y jilgueros./ Aquella sala era el retiro de Pepita, donde no entraban de día sino el médico y el padre Vicario, y donde a prima noche entraba sólo el aperador a dar sus cuentas. Aquella sala era y se llamaba el despacho./Pepita estaba sentada, casi recostada en un sofá, delante del cual había un velador pequeño con varios libros”<sup>42</sup>.

---

gusto. Para poetizar su estancia, tanto en el patio como en las salas y galerías, hay multitud de flores y plantas. No tiene, en verdad ninguna planta rara ni ninguna flor exótica; pero sus plantas y sus flores, de lo más común que hay por aquí, están cuidadas con extraordinario mimo”. Además: “Varios canarios en jaulas doradas animan con sus trinos toda la casa. Se conoce que el dueño de ella necesita seres vivos en quien poner algún cariño; [...] tiene, como las viejas solteronas, varios animales que le hacen compañía: un loro, una perrita de lanas muy lavada y dos o tres gatos, tan mansos y sociables, que se le ponen a uno encima”. (VALERA, Juan: *Pepita Jiménez...*, *op. cit.*, pp. 22-23).

41. Habitación de Constanza, prima del Doctor Faustino: “Había en la alcoba una ventana que daba al jardín. Al través de los cristales entraban por ella algunos rayos de sol, que parecían filtrarse por entre el tupido ramaje de la madreSelva y los jazmines que velaban la ventana. Un canario, cuya jaula pendía del techo de la alcoba, cantaba de vez en cuando”. VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, p. 161.

42. VALERA, Juan: *Pepita Jiménez...*, *op. cit.*, pp. 104-105.

Un cuadro muy similar presentan las habitaciones de Doña Luz:

“Tres o cuatro cuartos le pertenecían exclusivamente en la casa, y estaban amueblados con el gusto más primoroso. En ellos no entraban de diario, sino los cuatro amigos íntimos ya referidos; Juana, la criada; una de las de cuerpo de casa, que hacía la limpieza bajo la inspección de Juana, a fin de que no rompiese algún objeto de arte o mueble delicado, y por último, otros tres seres, que eran también semiíntimos de doña Luz y que completaban o cerraban su círculo familiar. [...] / El saloncito de doña Luz tenía todo el confort, toda la elegancia de un saloncito de una dama madrileña de las más comm’il faut, a la par de ciertas singularidades poéticas del campo y de la aldea. / Dos ventanas daban al huerto [...]. Dentro del saloncito había asimismo plantas y flores en vasos de porcelana. Una jaula grande encerraba multitud de pájaros que alegraban la estancia con sus trinos y gorjeos. Tenía doña Luz dos primorosos escritorios antiguos, con cajoncitos y columnitas, llenos de incrustaciones de marfil, ébano y nácar; cómodos sillones y sofás, una chimenea francesa mejor construida que las otras que había en la casa; espejos, cuadros bonitos y un armario lleno de libros lujosamente encuadernados. / Sobre una mesa de escribir se parecía el mejor cuadro [La pasión de Cristo, de la escuela de Morales], o al menos el que doña Luz estimaba más<sup>43</sup>.

La religiosidad de la mujer cordobesa queda de manifiesto en los textos anteriores, donde se citan estampas, cuadros y libros devocionales. En la habitación de Costanza, personaje de *El doctor Faustino*, encontramos en el lado opuesto al de la cama “un altarito, con dos velas encendidas y sobre el altarito, una Purísima Concepción de talla, bastante bonita”<sup>44</sup>. Para el incrédulo Juan Valera, mientras que en “los hombres ha cundido la impiedad” por la difusión de modernas teorías políticas y filosóficas a través de la enseñanza y los periódicos, “no hay cordobesa que no sea profundamente religiosa”, e indiferente a los “tiquis miquis” filosóficos, por lo cual “sigue apegada a sus antiguas creencias”<sup>45</sup>. En el caso de Pepita Jiménez, viuda a los 20 años y sin hijos, su devoción al Niño Jesús es explicada como un acto de hedonismo:

“En un extremo de la sala principal hay algo como oratorio, donde resplandece un Niño Jesús de talla, blanco y rubio, con ojos azules y bastante guapo. Su vestido es de raso blanco, con manto azul lleno de estrellitas de oro, y todo él está cubierto de dijes y de joyas. El altarito

43. VALERA, Juan: *Doña Luz...*, *op. cit.*, pp. 70 y 74.

44. VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, p. 161.

45. VALERA, Juan: “La Cordobesa”, *op. cit.*, p. 967.

en que está el Niño Jesús se ve adornado de flores, y alrededor macetas de brusco y laureola, en el altar mismo, que tiene gradas o escaloncitos, mucha cera ardiendo./Al ver todo esto no sé qué pensar; pero más a menudo me inclino a creer que la viuda se ama a sí misma sobre todo, y que para recreo y para efusión de este amor tiene los gatos, los canarios, las flores y al propio Niño Jesús, que en el fondo de su alma tal vez no esté muy por encima de los canarios y de los gatos”<sup>46</sup>.

En realidad las estampas devocionales y altaritos que pueden verse en las habitaciones femeninas entrarían, junto con las jaulas, macetas y floreros, en la categoría de los bibelots, esos objetos caprichosos que contribuían a crear un ambiente burgués cuya riqueza superflua distinguía la habitación de una señora de la de una campesina<sup>47</sup>. Por otra parte, que en las dependencias de las mujeres encontremos libros, aunque sólo sean devocionales, no deja de ser un paso adelante en una sociedad en la que unos lustros antes Richard Ford señalaba: “A los hombres no les gusta verlas leer, y las damas mismas consideran que este acto es perjudicial para el brillo de sus ojos, y sostienen que la felicidad está en el corazón, no en la cabeza”<sup>48</sup>. Eso sí, todavía en 1914 el periódico católico granadino la *Gaceta del Sur* aconsejaba que las mujeres deberían leer revistas devocionales antes que novelas, pues “no perturban sus imaginaciones ni manchan su corazón”<sup>49</sup>. En la casa no existe un cuarto de baño tal cual lo entendemos hoy y si la señora desea darse un baño completo, algo muy raro e incluso mal visto moralmente, se instala para la ocasión un lebrillo<sup>50</sup>. Si la señora tiene una hija, es muy probable que para controlarla mejor su habitación comunique con la de la madre e incluso tenga que entrar y salir por ella, como ocurre en el relato “El doble sacrificio”<sup>51</sup>. Junto a la habitación de la señora está también la de una criada de especial confianza; nada

46. VALERA, Juan: *Pepita Jiménez...*, *op. cit.*, pp. 22-23.

47. CAMESASCA, Ettore (ed.): *Historia ilustrada de la casa*. Barcelona-Madrid, Noguer, 1971, pp. 364-367.

48. FORD, Richard. *Manual para viajeros por España y lectores en casa: sobre el país y sus ciudades, costumbres de sus habitantes, su religión y sus leyendas, las bellas artes, la literatura, los deportes, la gastronomía y diversas noticias sobre su historia*, (6 vols.). Madrid, Turner, 2008, p. 46 vol. 2.

49. *Gaceta del Sur*, 12 marzo 1914.

50. En una de sus novelas suscita escándalo que una marquesa se haga llevar a su habitación “un enorme lebrillo y dos grandes jarros de agua” para bañarse. VALERA, Juan: *Juanita la Larga...*, *op. cit.*, p. 166.

51. En el cuento “El doble sacrificio”, ambientado en 1842 en una casa acomodada de Villabermeja, la protagonista es una joven cuya habitación es descrita así: “Isabelita duerme en un cuarto interior, para salir del cual tendría que pasar forzosamente por la alcoba en que duerme su madrastra, y apoderarse, además, de la llave, que su madrastra guarda después de haber cerrado la puerta de la alcoba”. VALERA, Juan: “La Cordobesa”, *op. cit.*, p. 250.

nos dice Valera sobre los dormitorios del servicio, que debían ser extremadamente sobrios, pero sí apunta que la criada come con el resto del servicio doméstico en la casa de campo.

#### 2.4.—Habitaciones masculinas

La habitación del señor está separada del dormitorio de la señora, a veces en el extremo opuesto de la casa<sup>52</sup>. De las habitaciones que Juan Fresco (personaje de *El doctor Faustino*) tiene en su casa de Villabermeja destaca como algo poco frecuente “una escogida y rica biblioteca”. También la tiene el joven doctor Faustino en su gabinete de estudio, e incluso cuenta con un estante con sus poetas predilectos en la alcoba donde duerme; además dispone de una sala “con tablado para tirar al sable y al florete, y un trapecio para hacer ejercicios gimnásticos”<sup>53</sup>.

El hombre puede estar acompañado de animales pero, a diferencia de los que elige la mujer, son galgos o podencos, perros relacionados con el masculino deporte de la caza. Por otra parte, si la mujer elige para que le ayude en las tareas domésticas y le haga compañía una o varias criadas, el señor tiene un criado; incluso puede encontrarse una imagen que evoca el Antiguo Régimen: “Todavía en las casas aristocráticas de los lugares suele haber uno como bufón o gracioso, que recuerda, si bien por lo rústico, al lacayo de nuestras antiguas comedias”<sup>54</sup>.

En términos generales el hombre estaba en sus habitaciones menos tiempo que la mujer en las suyas, tanto por trabajar fuera como por pasar buena parte de su tiempo de ocio en el Casino —o antes de que existieran éste la Casilla—, donde “se leían los periódicos, se fumaba, se charlaba y se jugaba a la malilla, al tresillo, al truquiflor y al tute, y tal vez al ajedrez, al dominó y a las damas”<sup>55</sup>.

En suma, es en las dependencias femeninas mucho más que en las masculinas encontramos ese sentido de la domesticidad y el confort del que habla Witold Rybczynski: “La domesticidad tiene que ver con la familia, la intimidad y una consagración al hogar, así como una sensación de que la casa incorpora esos sentimientos, y no sólo les da refugio”<sup>56</sup>.

52. “La casa de los amos no tenía más habitantes que don Aciselo, en un extremo, y doña Luz en otro” (VALERA, Juan: *Doña Luz...*, *op. cit.*, pp. 58-59). “Doña Ana moraba en las habitaciones altas. El Doctor, con toda independencia, en el piso bajo” (VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, p. 114).

53. VALERA, Juan: *Las ilusiones...*, *op. cit.*, pp. 56 y 114.

54. VALERA, Juan: “La Cordobesa”, *op. cit.*, p. 959.

55. VALERA, Juan: *Juanita la Larga...*, *op. cit.*, p. 154.

56. RYBCZYNSKI, Witold: *La casa: historia de una idea*. Madrid, Nerea, 1999, p. 84.

### 3.—*Casa de Campo*

En la doble vivienda acomodada el ámbito del servicio doméstico es denominado por Valera como casa de campo, aunque los antropólogos lo denominan hoy “corral”. Esta parte del edificio es la zona agrícola y se ubica a espaldas de la casa principal, tiene su propia puerta —o “puerta falsa”— que comunica con una calle secundaria de la población. Esta segunda casa cuenta con “los corrales, caballeriza y cochera, cocinas, molino, lagar, graneros, trojes donde se conserva la aceituna hasta que se muele; bodegas donde se guarda el aceite, el mosto, el vino de quema, el aguardiente y el vinagre en grandes tinajas; candioteras o bodegas donde está en pipas y toneles el vino bueno y ya hecho o rancio”<sup>57</sup>. Todas estas dependencias se estructuran en torno a un sencillo patio o corral, muy diferente al patio de la casa de los señores, tanto por su aspecto rústico como por la presencia de gallinas y acémilas. Este patio y la planta baja son el escenario de la vida colectiva no sólo de los habitantes de la casa de campo sino también de la multitud de jornaleros y arrieros que acuden a ella durante el día. La cocina es el eje en torno al cual gira la vida doméstica en los meses fríos y en ella se forman animadas reuniones: “El aperador, los capataces, el mulero, los trabajadores principales y más constantes en el servicio del amo, se juntan allí por la noche; en invierno, en torno de una enorme chimenea de una gran cocina, y en verano, al aire libre o en algún cuarto muy ventilado y fresco, y están holgando y de tertulia hasta que los señores se recogen”<sup>58</sup>.

La mayoría de las personas que componen el servicio doméstico viven con sus familiares en la planta principal. Hay además otras habitaciones de menos calidad, como la del mozo de la caballeriza, que ocupa el último escalón social. En fin, la casa de campo destaca por su promiscuidad y por ser un espacio poroso en su relación con la calle<sup>59</sup>.

57. VALERA, Juan: *Pepita Jiménez...*, *op. cit.*, pp. 139-140. En el cuento “El maestro Raimundico” se describe así: “A espaldas de esta casa [principal] y en no interrumpida sucesión, había patios, corrales, caballerizas, tinados, bodegas, graneros, lagar, molino de aceite y, en suma, todo cuanto puede poseer y posee un acaudalado labrador y propietario de Andalucía. La puerta falsa, que daba ingreso a estas dependencias agrícolas, pudiera decirse que estaba extramuros del pueblo, si el pueblo tuviera muros, mientras que la puerta principal, según queda dicho, estaba en el centro” (VALERA, Juan: “La Cordobesa”, *op. cit.*, pp. 304-305).

58. VALERA, Juan: *Pepita Jiménez...*, *op. cit.*, pp. 139-140.

59. Como señala M.<sup>a</sup> Elena Díez, hoy numerosos historiadores cuestionan la dicotomía de lo público y privado y se prefiere hablar de exterior e interior dado que existe una interpenetración entre la vivienda y la calle. DÍEZ JORGE, María Elena: *Mujeres y arquitectura: mudéjares y cristianas en la construcción*. Granada, Universidad, 2011, pp. 28-29.

Las mujeres constituyen la mayoría de los habitantes de la casa de campo y son las verdaderas dueñas de este ámbito, destacando la ama de llaves. En *Doña Luz* se describe con gran detalle la vida en la casa de campo:

“Quien lo gobernaba todo, la verdadera directora y ama de llaves, era la señora Petra, de edad de cincuenta años muy cumplidos. Ella entendía en el gasto diario, vigilaba la cocina y tenía las llaves de la despensa, de la repostería, de la candiotera, de las cuatro bodegas de vino, aceite, aguardiente y vinagre, y de los desvanes o graneros [...]/ A las inmediatas órdenes de la señora Petra había cuatro criadas: dos zagalonas aún, duras en el trabajo, de apretadas carnes y músculos de acero, las cuáles eran de las que llaman por allá de cuerpo de casa, esto es, que servían para fregar, aljofifar, enjalbregar y tenerlo todo saltadito de limpio; otra, ya más granada, aunque moza también, que cosía, zurcía y planchaba la ropa, y otra que guisaba los más castizos y sabrosos guisotes de la tierra [...]/ Toda esta tropa femenina habitaba y dormía en el piso principal de la casa de campo, donde también tenían habitación el aperador, su mujer y sus cuatro chiquillos; pero éstos, tan apartados, que no se veían ni se entendían sino cuando el amo llamaba./ Había por último un mozo que dormía junto a la caballeriza y cuidaba de ella, de los patios y corrales./ Tal era la servidumbre doméstica, por decirlo así. Pero ya se entiende que los jornaleros, el mulero, los caseros, los viñadores, los pisadores, los del molino y las demás gente que se empleaba en las faenas agrícolas iban y venían y hacían estancia en la casa de campo, donde había anchura sobrada, y alambique, lagar, alfarje y prensas para la aceituna y la uva. [...]/ En la casa había dos mesas: una, a la que se sentaban don Acisclo y doña Luz y algún convidado si lo había; otra para la familia (en los pueblos andaluces se sigue llamando familia a los criados), y en dicha mesa se sentaba la señora Petra presidiendo, las dos mozas de cuerpo de casa, la costurera y planchadora, la cocinera, el mozo de la caballeriza, Tomás y su ayudante y la Juana, doncella de la señorita doña Luz./ El aperador y los suyos hacían rancho aparte y tenían una cocinilla moruna donde guisaba la aperadora./Esto no impedía que ella, o alguno de sus hijos, o todos, incluso el aperador, aunque no hijo, sino padre, estuviesen convidados con frecuencia a la mesa de la familia, a la cual se sentaba asimismo el mulero y otros cuando estaban en el lugar, y a la cual la señora Petra y la Juana se atribuían el derecho, y no se descuidaban en ejercerle, de hacer las invitaciones que se les antojaban”<sup>60</sup>.

60. VALERA, *Doña Luz...*, op. cit., pp. 61-63.

#### 4.—Conclusiones

Juan Valera, escritor a medio camino entre el realismo y el costumbrismo, ofrece en sus novelas de ambientación andaluza y en sus ensayos un mundo doméstico muy coherente. Aunque su obra literaria la pase por el tamiz de la idealización, en su descripción de viviendas no hizo un esfuerzo de imaginación, sino que recreó aquellas de Doña Mencía, Cabra y otras localidades subbéticas en las que había vivido o estado.

Las grandes casas acomodadas que describe son dobles viviendas, una señorial y otra agrícola, fiel reflejo de las diferencias funcionales y de clase. En ambas viviendas es una mujer la que domina. En la vivienda noble es la señora, sea casada o soltera; si es casada ejerce su dominio porque no sólo se encarga de su cuidado y pasa la mayor parte del día en ella, sino porque el señor está con frecuencia ausente, tanto por motivos laborales como por desarrollar su ocio fuera del hogar. En la vivienda agrícola hay una ama de edad madura y amplia experiencia que dirige con energía y conocimiento una legión de criadas, mozos, aparceros, niños, etc.

En la vivienda de los señores la intimidad es la tónica dominante, con una clara separación entre espacios colectivos y privados. Es cierto que el patio puede tener un carácter polivalente según la estación del año, siendo un jardín interior para la mujer o, cuando hace buen tiempo, un lugar de reunión o fiestas. Si la señora impone su gusto en el patio, no ocurre lo mismo en otros espacios de convivencia como la cocina, dominada por los masculinos motivos de caza, o los salones, presididos por retratos familiares en los que se impone el diformismo del vestuario decimonónico. Las habitaciones privadas de la mujer y el hombre están separadas y en ocasiones distantes. Son más numerosas y cuidadas en su mobiliario las dependencias femeninas, pues en ellas pasan mucho tiempo e incluso reciben a sus amistades más íntimas, mientras que las masculinas se nos muestran simples, dado que el hombre realiza su vida social en la calle. Poco nos aporta Valera sobre el uso de la casa por los niños, dado que brillan por su ausencia en sus escritos.

En la vivienda agrícola encontramos menos especialización en las dependencias, y el patio o la gran cocina son espacios en los que se vive en notable promiscuidad. Nada se dice de los dormitorios, sin duda pequeños e incómodos para permanecer en ellos más allá del sueño. Esto pone en evidencia que la rígida separación de sexos exigida por el clero católico sólo podía realizarse en la vivienda señorial, mientras que en las viviendas populares el hacinamiento, la falta de intimidad, el uso polivalente de los espacios o la escasa distinción entre el exterior y el interior, imposibilitan el ideal de hogar cristiano, el cual era en la práctica un ideal clasista. No en vano en las novelas de Valera vemos como las señoras tienen en su círculo de amigos íntimos a un sacerdote, al que agasajan con un ambiente confortable y comida, algo que no pueden permitirse las clases populares.